

La Ilustración Artística

Año XXXII

BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1913

Núm. 1.649

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



EL LIBRO VERDE, cuadro al pastel de Maximino Peña

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El rapto de Europa*, cuento de B. Morales San Martín. — *París. Notas de actualidad.* — *El conflicto de Oriente.* — *Gante. El cortejo histórico «Ommeganck».* — *Ripoll. La Fiesta de la Fe.* — *París. La carrera ciclista de la Vuelta a Francia.* — *Los guardias suizos del Vaticano.* — *Dos amores* (novela ilustrada; continuación). — *Londres. Ceremonia de la Orden del Baño.* — *Leipzig. Gran fiesta gimnástica.* — *La acción civilizadora de España en Marruecos.*

Grabados. — *El libro verde*, cuadro al pastel de Maximino Peña. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *El rapto de Europa.* — *Mi hija*, retrato pintado por Antonio Fabrés. — *Las escuelas en diferentes países* (lámina). — *Notas de París, Oriente y Gante.* — *Consejo de hermana*, cuadro de K. A. Buehr. — *Ataque y defensa*, cuadro de Dionisio Etcheverry. — *Ripoll. La Fiesta de la Fe.* — *El coronel Repoul, de la guardia pontificia.* — *Londres. El rey y el duque de Connaught dirigiéndose a la capilla de Enrique VII.* — *Leipzig. Fiesta gimnástica.* — *Melilla. Reparto de premios en las escuelas indígenas.* — *Los sobreros de Rusia y sus hijos.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Voy a hablar de mí misma, cosa bien lícita cuando se pasa uno la existencia hablando de los demás. He tenido estos días tres ocasiones personales de comprobar lo arduo que es saber la verdad mediante la lectura de periódicos. No supongo mala intención en los errores que se cometen al informar aceleradamente sobre todo lo divino y lo humano; pero sin prejuzgar intenciones, me pregunto qué van a saber de nosotros nuestros nietos, si nos estudian en la prensa.

Un diario de Granada, que viene a mis manos, me entera de que falta en los archivos de Loja cierto documento importantísimo, nada menos que el acta de rendición de la Villa a la Reina Católica; que se habla mucho de esta desaparición, y es la versión corriente haberme regalado ese precioso pergamino una autoridad de Loja, cuando visité aquel pueblo moruno, hace unos cuatro o cinco años. Y en Dios y en mi ánimo (digo como Sancho el escudero) que me maten si he llegado, no a poseer, pero ni a echar la vista encima al documento en cuestión. Lo único que me traje de Loja fué, además de impresiones muy gratas, muy pintorescas, la receta del cochifrito y del ajo blanco, y un tablero de mármol de la Sierra, que hoy hace aquí una mesa de tocador. Y claro: por tranquila que se tenga la conciencia, a veces no hay más remedio que sincerarse. Me he resuelto a escribir una carta al *Defensor de Granada*, encargando mucho que averigüen quién ha sido el verdadero bibliopirata, puesto que no fui yo, ni por semejas. Debo añadir que nunca me ha arrastrado tanto la afición a papeles ni a libros. No soy lo que se dice bibliófila. Me gusta el libro que me sirve para aprender e ilustrarme, el libro que conviene a mi trabajo; pero no me preocupan ni códices ni incunables. Si alguno conservo con cariño, no lo adquiriría por medios reprobados, aun cuando sé que hasta tal extremo llegaron muy ilustres personajes. Algún gato encerrado habrá en toda esta historia, en que me ponen de mampara a mí, inocente.

El segundo motivo de asombro me lo ha dado un periódico catalán, donde leo cómo Maura no puede subir al poder, porque nos oponemos unos cuantos elementos intelectuales, cinco escritores, entre los cuales me incluye... Es decir, rectifico: no es el periódico catalán quien ha emitido esta opinión: seamos justos, el periódico, que se llama *La Aurora de Manacor*, opina todo lo contrario. Fué el noticiero el secretario de la *Action Française*, de Montpellier, y los jóvenes *camelots du Roy*, que le acompañaban. El corresponsal de *La Aurora*, con suma cordura, les explicó que, de esos cinco elementos intelectuales, sólo Galdós continúa interviniendo en la política y que yo no me dedico a ese *sport*... No fuera poco, si pudiésemos cinco novelistas y autores dramáticos, sólo con el esfuerzo de nuestra invencible pluma, impedir el acceso al poder de un hombre como Maura y de un partido, como el conservador, que es numeroso, aunque no sea bien avenido. ¿Y por qué había yo de oponerme a Don Antonio Maura, persona de cuyo valer tengo tan alta como justa idea? No estoy afiliada a partido alguno; no soy sino una española, que se interesa, más que por el juego de banderías, por el bien de su patria; este sentimiento ha guiado siempre mis acciones, ya que no políticas, sociales. Creo muy necesarios los elementos conservadores, y también los liberales, si no se dejan arrollar por los revolucionarios; en realidad, me falta programa definido..., en lo cual, ¡bien pudiera asemejarme a los que nos vienen gobernando!..

Y paso a la tercera ocasión, algo que dijo un diario importante (no he conservado el número; por lo cual no puedo recordar las palabras exactamente y sólo el concepto) acerca de un libro de Cocina que

acabo de publicar en la *Biblioteca de la Mujer*. Sobre poco más o menos, tratábase de que mi libro se había publicado en el mayor misterio, y que mis allegados espesaban este misterio más todavía. No entiendo cómo se puede dar a luz un libro misteriosamente, es decir, si: veo bastantes libros que tal suerte corren, no llegando el público a conocerlos ni por el forro; pero esto siempre sucede muy contra la voluntad de los autores y de sus allegados. Mi libro *La Cocina Antigua* marchó a América antes de ponerse a la venta en España, y quizás por eso se susurró lo del misterio, y causó extrañeza no encontrarlo a mano, sabiéndose que existía. Supongo, al menos, que fuese ésta la clave del supuesto secreto inquisitorial, etcétera. Lo que no faltó fué sorpresa en mucha gente, al enterarse de que yo hacía gemir las prensas con recetas culinarias. ¿En qué quedábamos? ¿Pues no era yo una especie de ser andrógino, con más de *andro* que de *gino*? ¿Acaso sabía yo que los huevos se cascan antes de freírlos? ¡Cosa más rara! Una de las muchas particularidades que siempre me han hecho reír ha sido la idea que se tiene de las aptitudes respectivas de la mujer y del hombre. Es la más opuesta a la realidad. La cocina, la modistería, la peluquería artística, los bordados más finos, son cosa de hombres más bien que de mujeres. En Madrid hay calle de *Bordadores*, y no de *Bordadoras*. Las hembras, en cambio, llevan perfectamente la contabilidad, y administran mucho mejor que el varón, en general.

Suponiendo, sin embargo, que lo del fogón sea cosa propia de «mujeres femeninas», como dice el Romancero, el caso es que a mí me gustó siempre, y nací con disposiciones caseras, de orden, economía y preocupación minuciosa de lo doméstico. No necesité ejercitarlas mucho, por razones que atañen a mi vida íntima y de familia; pero mi inclinación a este género de ejercicio creció con mis viajes al extranjero, donde las mujeres (dígase lo que se diga de Francia, calumniada en tal respecto) son hacendosas y amigas del interior. Y allá y acá, de muchos años a esta parte, recojo recetas de cocina, sin pensar al pronto en publicarlas, sino para mi uso.

Al fundar la *Biblioteca de la Mujer*, confieso que no me preocupó la sección de Economía doméstica. Mi deseo era familiarizar a las lectoras españolas con las cuestiones, para la mujer tan importantes, del alto feminismo, con los libros de Stuart Mill, Augusto Bebel y Novicof. Y en efecto, di cabida a *La Esclavitud Femenina* y a *La Mujer ante el Socialismo*. No sé si algún efecto producirían las traducciones españolas de estos libros, tan célebres en Europa; sé que aquí la cuestión feminista no ha empezado ni a delinarse. Aquí no hay una sufragista, no diré de acción, como las tremendas de Inglaterra, pero ni teórica ni platónica. La opinión, pues, hasta nueva orden, ha decidido que la mujer no salga de sus facnas caseras: *Kinder, Küche, Kirche*... A mi ver, entre *esto* y *aquello* no hay oposición ninguna: es hasta curioso que en las mujeres intelectuales las facultades domésticas culminan. Jorge Sand empezó trajinando en su posesión de Nohant en conservas y confituras, y acabó lo mismo, entregada a los cuidados del hogar, no por necesidad, sino por gusto. La famosa escritora italiana Neera hizo lo mismo, y otro tanto, la célebre Arvéde Barine, que decía de sí propia «no soy más que una *menagère*»...

Lo cierto es que no se puede decir nada, de nadie, sin conocerle bien y juzgándole por apriorismos. Cada persona es un mundo, muy imprevisto a veces. Yo no digo que sea una cualidad extraordinaria la afición a la cocina. Es algo indiferente, sin gran significación, útil para la vida, y nada más. Como no estoy en edad de «merecer», tampoco tengo interés en echármela de hacendosa. Las niñas casaderas suelen representar, en este terreno, comedias muy divertidas. Supe yo de una que, en ocasión de estar convidado a almorzar en su casa un buen pretendiente a su blanca mano, presentó fritos delicadamente hechos, que, según dijo, acababa de confeccionar. Y el novio pensó ahogarse de risa. Los fritos procedían de la misma fonda donde se alojaba él, y, por casualidad, sabía que eran de encargo y los había visto. Si se me preguntase lo que más conviene que aprendan las mujeres, en este terreno práctico, diré que cocina y cuentas. Las labores serán muy bonitas, la aguja muy santa, pero anda muy barata hoy la ropa blanca y de color. En cambio, las subsistencias encarecen y los servicios también, y por eso, en Francia, hay escuelas públicas y oficiales de cocina, y no se cesa de inculcar a las señoritas «*comment on forme une cuisinière*».

Eché pues mano a mis recetas encarpentadas cuidadosamente y clasificadas como Dios me había dado a entender, y reuní en un libro las más características nacionales, bajo el título *La Cocina Antigua*

Española. Yo, que he comido tan a gusto en Francia porque se guisa allí muy bien, detesto, por lo común, la comida a la extranjera que en España nos ofrecen. Son contadas las fondas y casas particulares donde los platos franceses salen como Dios manda. No digamos los ingleses. Siempre recuerdo la cómica sorpresa de aquel cónsul de S. M. Británica, que me decía: «Io arrivo a Santiago, io demando un biste, e mi dan los suelos de los míos zapatos». Y bien empleado le estuvo. ¿Qué nos darían a nosotros, verbigracia, si en el condado de Kent pedimos ropa vieja o magras con tomate?

Todo esto viene a cuento de que, al admitir en la *Biblioteca de la Mujer* un libro de cocina, quise empezar por la clásica, típica y popular de España. Cada país debe conservar cuidadosamente sus tradiciones, y la de la cocina en primer término, porque no es cosa caprichosa sino estrechamente relacionada (tanto o más que la literatura según Taine) con el ambiente, el clima, la raza, la tierra, sus productos, etc. He protestado siempre no sólo contra el injusto desdén hacia los platos españoles, sino contra la manía de escribir en francés las minutas, y, cuando se escriben en algo que pretende ser castellano, contra la introducción de voces desfiguradas, y la mezcla bilingüe. La misma jerigonza he visto en libros y manuales de cocina. Leemos «napar, foncar, tombar a glasa», y otros barbarismos, y salta en una minuta la «*darna* de salmón salsa *ravigota*», las «*dariolas* de homar»... como si faltasen palabras en nuestra lengua; como si la *darna* no fuese una *rueda*, y el *homar*, nuestro lobagante o bogavante.... Y se dice corrientemente *soufflé*, pudiendo decir *soplado* o *inflado*...

Es pues la cocina uno de los puntos flacos, por donde atacan a nuestro idioma. Y no tenemos defensa prevenida, puesto que el *Diccionario de la Academia*, en todo tan pobre, erróneo y deficiente, lo es más que en nada en materia de cocina. ¿Qué pensar de definiciones como: «*Sopa*: Pedazo de pan empapado en cualquier líquido. *Puré*: Especie de sopa. *Tortilla*: Fritada de huevos batidos, comúnmente hecha en figura redonda a modo de torta. *Asado*: Carne asada» (las aves no son asado, por lo visto). Y debe observarse que los nombres de los platos más usuales faltan en el *Diccionario*, y los términos más corrientes del vocabulario, lo mismo. En un rápido examen, no encuentro las acepciones culinarias de guarnición y guarnecer, barda o albarda, corona, ayunar, desbridar (de ésta también omite la quirúrgica), dorar, hacer sudar, empapelar, panar, refrescar, mojar, alargar, tornear, esparrillar, mortificar, ensapar (que se halla en muy viejos libros), entocinar, y cien más, sin hablar de las que da al revés, como la de rehogar. Y no hablemos de las singulares recetas que en el *Diccionario* figuran, y de las definiciones de peces, aves y hortalizas, pasmo de naturalistas, y de profanos también.

Por lo cual he creído que el libro de *La Cocina Antigua* no sobraba, y como en toda acción, por indiferente que sea, entra un poco de egoísmo, me agradaba imprimir estas recetas para evitarme copiarlas muchas veces. No faltaba quien a menudo me las pidiese, en especial algunas que se hacían con más frecuencia en mi casa, y que caían en gracia. Y se revolían las carpetas, y era preciso gastar tiempo en ordenarlas, y hasta se perdía el original. Yo misma, para encontrar la que me conviniese, tardaba, por ser extraordinario el número de los papelitos. Baste saber que sólo la confitería no cabrá en un volumen. En el que acabo de publicar, fué preciso reducir las fórmulas de postres, porque había ya sobre seiscientas de otros platos. ¿Creo yo que todas sean rigurosamente castizas, ni haber recogido la tercera parte de las que me agradaría recoger, por ahí, por España adelante? No ciertamente. En España hay mucho más que todo eso, de seguro. Cada provincia, cada ciudad, cada aldea, cada casa posee fórmulas especiales de cocina. No alcanzará la vida de una persona, muy diligente, para catalogarlas. Lo lamentable es que acaso se pierdan, por desuso, por olvido. Nos invade otro estilo de guisar. Cuandó Valera, en su juventud, vió que en una venta de Despeñaperros le servían croquetas, anotó el hecho como digno de mención. Hoy las croquetas son el plato de lucimiento de las cocineras baratas. Hoy, cualquier fonda presenta en su lista platos a la francesa. No me quejaría de ello, si estuviesen bien confeccionados y se pareciesen a sus modelos de allende el Pirineo.

Sostengo que en nuestra cocina hay platos sabrosísimos, y he querido demostrarlo recogiendo los más que pude. Acaso, a falta de corazones agradecidos, me lo agradezca algún estómago. Del mal el menos. Afuera romanticismos: el estómago tiene importancia. ¡Demasiada quizás! en política, y en otros ramos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL RAPTO DE EUROPA, POR B. MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Carreres



— ¡Paso... o le corto la cara al primero!

Podríase describir el artístico grupo que coronaba el carro alegórico con las mismas palabras de Ovidio: «Lánzase el toro hacia el mar y se lleva por entre las olas a su adorada presa.

»Con la derecha mano ciñe Europa el cuello del animal y con la izquierda sujeta su vestido; el temor de que otra vez se siente poseída, embellecéla con nuevos atractivos.

»Hincha el viento los pliegues de su manto; ondea al aire su rubia cabellera...

»A veces levanta fuera del agua sus delicados pies por no mojarlos y a veces también sumerge el dios a propósito la grupa en las olas para que la doncella enlace más fuertemente su cuello...»

Salvo que el cornudo animal que representaba a Júpiter era un torazo de cartón-piedra; sus doradas astas, de madera; las guirnaldas de flores y yedra que adornaban su testuz, de trapo, y el mar en que parecía sumergido, formado por telas y cartones pintarrajeados; salvo esto, lo demás era como lo pintó la apacible musa del poeta de las Metamorfosis.

La joven que representaba a Europa tenía, como ésta tuvo, grandes los ojos, ancha la frente, blanca la tez, como si la hubiera hermoheado el famoso cosmético de Juno; virginal y casto el naciente seno...; y al agarrarse fuertemente al cuello del buey-dios a cada vaivén del carro, el húmedo Levante, que se colaba con fuerza aquella tarde estival por las calles

de Valencia, hinchaba su manto y hacía ondear sus rubios cabellos.

En la cabalgata de aquel año memorable, cinco carros representaban con singular originalidad las cinco partes del mundo; y en el último, que simbolizaba a Europa, el artista tuvo la feliz idea de coronar el vario conjunto con el grupo descrito del rapto de la hermosa hija de Agenor por Júpiter, convertido en un manso torazo, «berrendo en colorao», por antojos de los artistas levantinos. Al pie del grupo simbólico, varias jóvenes ricamente ataviadas con espléndidos trajes y ostentando diversos atributos, representaban las naciones europeas... La del centro, una linda muchacha, pero flacucha y algo alicaída

que apoyaba sus pies en el lomo de un león que más tenía de perrazo callejero que de rey del desierto, pretendía ser Española...

La de arriba, «Europa», era la más hermosa de todas... Apenas tendría veinte años... Su abierta y sutil túnica dejaba al descubierto su virginal seno, sus brazos que a torno parecían hechos y el arranque de la pierna derecha que ceñía en varias vueltas las doradas cintas de sus sandalias... Orgullosa y altiva, como poseída de su alta y poética representación, alguna vez miraba inquieta y recelosa a la multitud que prorrumpía en vítores a su paso.

La pobre muchacha no estaba tranquila; cuando parecía que sus ojos encontraban «algo» entre la gente que se agolpaba para verla, contraíanse sus lindas facciones con expresión de disgusto y volvía de súbito la cabeza a otro lado.

¿Qué le pasaba a la amada de Júpiter?

Por calles y callejuelas corría como un condenado un joven con traje achulado, pálido color ceniza y peinado «pa adelante» su cabello negro rizado. Su único afán era salir siempre al paso de la cabalgata y cuando pasaba ante él el carro de Europa, torcía el gesto, inyectábanse sus ojos de Otelo en agraz y levantaba el puño amenazador...

«Europa», la gentil, le divisaba entre la multitud y huía de él la mirada, sintiendo sutiles punzadas de remordimiento en su corazón ingenuo. Pero volvía el mozo a atajar el paso del carro y a repetir su amenaza cada vez con más fuego de ira en los ojos.

Aquel muchacho estaba amargando la íntima satisfacción y la alegría que experimentó la joven por haber sido preferida a todas las bellezas levantinas, como la más hermosa de las que aspiraban a ocupar el puesto de «Europa». Pero él, «que era su novio» y se creía con ciertos derechos y privilegios singularísimos, se había opuesto a que saliera en la cabalgata vestida tan ligera de ropa...; que, vamps..., casi estaba desnuda y enseñaba a los ojos de todos tesoros que debían estar muy ocultos y velados... ¡No faltaba más! Ella le arguyó:

— Tienes razón... hasta cierto punto. Pero ya ves..., el compromiso de mi padre con los señores de la comisión de fiestas..., el honor de ser elegida entre todas como reina de aquella fiesta de arte...

— Y tu vanidad... y las garrulerías de vecinas y amigas... y el amor propio de tu madre que cree que tiene a la reina por hija...

— ¡Y mucho que sí, si para ti no lo soy!

— ¿Para mí? Para mí lo eres todo..., pero sólo para mí, ¿sabes? Si sales en el carro..., rompemos y acabamos, pero de mala manera.

— No mando yo en mí. Mis padres...

— Tus padres no te quieren como yo..., que te quiero sólo para mí... Si fueras hija mía no saldrías de «eso»...

— Pero como no lo soy...

— ¿Saldrás?, gritó él enfurecido.

No dijo «sí» con los labios; no se atrevió la vanidosilla muchacha; pero hizo una afirmación categórica con la cabeza..., y el enamorado doncel salió echando chispas, jurando que todo había acabado entre los dos y hablando de odios, muertes y venganzas.

Ella le vio marchar apenada; le quería mucho; pero aquello que habían dicho los señores de la comisión de que «en toda Valencia no había otra como Amparito para representar dignamente a Europa», se le había metido en el corazón y le llenó la cabeza de humo. Además ella sabía que cuando pasaran las fiestas y el arrechucho de su Pepet, éste tornaría más enamorado que nunca a su reja...; sonrió cuando le vio alejarse «para siempre» y se fué a probar y vestir el traje de Europa.

Y el infeliz muchacho, cuando atravesaba una calleja solitaria para salir otra vez al paso del Carro de Europa y contemplar en su trono «a aquella indina descastada», deteníase un momento para echar afuera con hondos suspiros la temprana angustia que amargaba su vida, pensando que aquellos brazos suaves y torneados, aquel cuello blanquísimo, aquel seno naciente y arrogante, aquel rostro divino y aquella pierna robusta y divinamente modelada..., todas aquellas espléndidas perfecciones las devoraría con los ojos la gente y engendrarían deseos, apetitos y ansias innobles que él, ¡que la quería tanto y por primera vez veía cuán hermosa era!, no sentía, abru-

mado por el dolor, rabia y despecho, únicos sentimientos que llenaban su alma.

Y algunas lágrimas derramó Pepet yendo por aquellas calles solitarias, al oír cercano el ahullido de la multitud y sus aplausos y vítores al paso de la bella



«Mi hija», retrato pintado por Antonio Fabrés

«Europa». Aquellas sus lágrimas ardientes, acaso las primeras que lloraba por una mujer, le decían que era el hombre más desgraciado de la tierra..., y el pobrecillo sufrió aquella tarde por toda la vida.

Y cuando volvía a oír cercano el estridente chirrido del carro que sostenía a su Europa querida como en un trono de belleza, tornaba a pensar con angustia en cuántos ojos estarían clavados como saetas lascivas en las mórbidas desnudeces de su novia, cuántos besos impuros le enviarían con sus ardorosas miradas los hombres que la contemplaban..., y sentía apreturas en la garganta, cosquilleo en los ojos y angustia por allá dentro por donde se batía como azor enjaulado su corazón. E instintivamente apretaba con la diestra el cuchillo que llevaba al cinto...

Aquel Otelo estaba dispuesto a todo: sus martirios, sus tormentos, habían de acabar...; acaso no se satisfaría su rencor con menos que con teñir de sangre la blanca veste de la hermosísima Europa y sus carnes rosadas, vírgenes, profanadas aquella tarde infausta y por vez primera.

Y siempre huyendo de ella y siempre saliéndole al paso, atraído por lo mismo que no quería ver, corría, volaba para contemplarla otra vez altiva y hermosa, abrazada al toro en lo más alto del carro.

No son mentira las corazonadas. Aquello inesperado, imprevisto, que temía su corazón enamorado, sin fundamento quizá, pero que presentía él..., estaba allí junto al Carro de Europa, parado en medio de la calle y rodeado de mucha gente que gesticulaba y daba voces.

— ¿Qué pasa? ¡A ver..., paso, paso!, gritó Pepet acudiendo veloz.

Pronto supo qué ocurría y un peso enorme le oprimió el pecho.

«¡Europa!», la auténtica, su «Europa» querida, había estado a punto de perecer!

Al pasar el simbólico carro por debajo de unos eucaliptos, vio la muchacha que de la copa de un árbol a la de otro cruzaban la calle varios hilos de la red telefónica y un grueso cable del alumbrado eléctrico, casi al nivel de su cintura; y como iba atada con correas al torazo de cartón-piedra, para no caer, no podía moverse para esquivar el peligro. Las mulas del carro llevaban un trocillo vivo..., vio la catástrofe cerca y lanzó un grito de terror.

— ¡Parad!, exclamó la asustada niña.

Suerte suya fué que el conductor del carromato, hombre experto, al levantar su mirada se hizo cargo rápidamente de la situación comprometida de «Europa» y con un gran esfuerzo y una elocuentísima interjección logró parar en seco a la cuadriga...

Paró el carro cerca de los alambres.

Europa y el toro quedaron como a unos dos metros de ellos; pero como no era posible volver o desviar el pesado armatoste del obstáculo sin poder evitar que algún movimiento de vaivén lanzara contra los hilos a la angustiada muchacha, decidióse, como solución más conveniente, desatar a «Europa» y bajarla, pasar el carromato y luego volver la hija del rey Agenor a su alto puesto.

Así se hizo. Pepet, nuestro héroe, contemplaba toda la maniobra confundido entre la multitud, acercándose cada vez más al carro. Y cuando estuvo la bella en el suelo, rodeada por varias mujeres y hombres del pueblo que la atendían con frases de consuelo, para hacerle olvidar el susto, y los conductores del carro estaban atareados en la faena de pasarlo por debajo de los alambres sin estropear al toro, el galancete rompió a codazos el círculo de gente que rodeaba a su amada y acercóse a ésta entre iracundo y socarrón diciéndole:

— ¿Estás contenta? ¿Ves lo que trae contrariar a los que nos quieren de veras? ¿Ves lo que cuestan los caprichos y los antojos y las vanidades? ¡Anda para casa!, añadió aprovechando el efecto mágico que en la joven causaron sus palabras.

Y como la gente extrañara la presencia y el tono imperativo del joven, dijo él, arrastrando tras sí a «Europa» con su túnica talar y sus atributos y blandiendo su cuchillo:

— ¡Paso... o le corto la cara al primero!..

Y desapareció velozmente la extraña pareja antes de que nadie se diera cuenta del verdadero rapto de Europa.

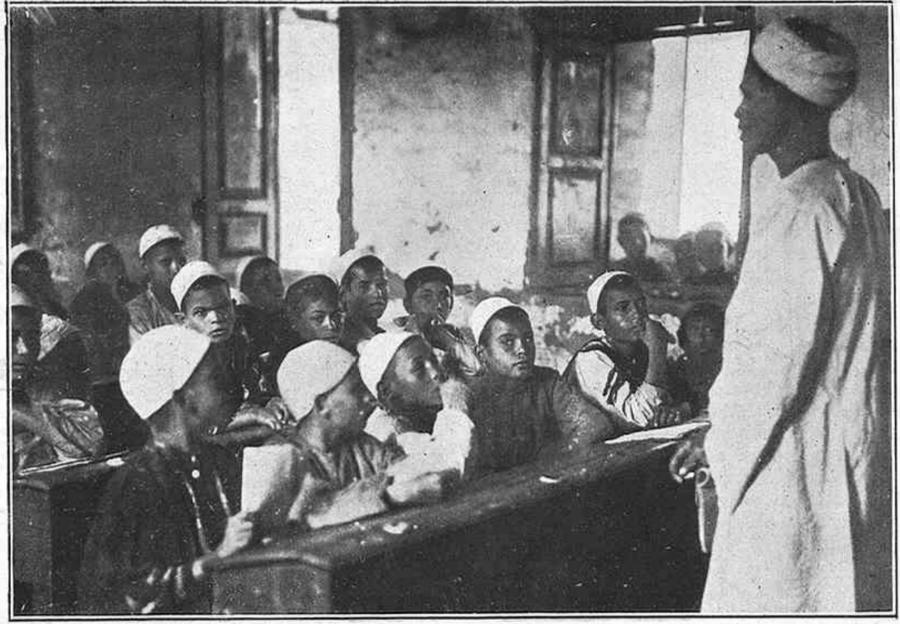
Allá arriba quedó solo, corrido y avergonzado, el toro de cartón-piedra porque un simple mortal se atrevía a darle un quiebro en la cabeza al mismo Júpiter; y hasta que arrancó otra vez el carro, ahora sin «Europa», estuvo el rumiante mirando con asombrados ojos a la calleja por donde huyeron los dos amantes, pensando con envidia que al comparecer los fugitivos convictos y confesos ante sus respectivos padres, terminaría la aventura de la moderna «Europa» con la consabida e inevitable boda.

Y rumiaba el torazo de cartón-piedra, solo, en lo alto del carro, dando tremendas cabezadas al trote de las mulas: «¿Y para esto me convertí en un «berrendo en colorao» y le robé su hija al rey Agenor... para que se casara con Pepet?»

LAS ESCUELAS EN DIFERENTES PAÍSES



La enseñanza del Alcorán en una escuela de Teherán (Persia). - Escuela al aire libre en los alrededores de París. Cuando hace mal tiempo, la enseñanza se da dentro de unas tiendas de campaña



Una lección de geografía en la nueva escuela-sanatorio de Charlottenburgo, cerca de Berlín. - Una escuela árabe en El Cairo



Una clase de trabajo manual para niños en una escuela municipal de Berlín

Una clase en la célebre escuela negra de Hampton West (Estados Unidos)

(De fotografías de Carlos Delius.)

PARÍS. NOTAS DE ACTUALIDAD. - LOS REYES DE ESPAÑA. - NUEVO FUERTE CHABROL



S. M. el rey D. Alfonso XIII saliendo del hotel Meurice para dirigirse a la embajada de España. - S. M. la reina D.^a Victoria Eugenia saliendo del hotel Meurice acompañada del duque de Santo Mauro. (De fotografías de Carlos Trampus.)

De paso para Inglaterra llegaron en la mañana del 25 del mes pasado a París SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia. Aunque nuestros monarcas viajaban de riguroso incógnito, fueron a esperarlos a la estación del muelle de Orsay el presidente de la República Sr. Poincaré y el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Pichón, con sus esposas. Esperábanlos, además, el embajador de España marqués de Villarrutia con todo el personal de la embajada, distinguidas personalidades de la colonia española, el director y el subdirector del Protocolo, los jefes de las casas civil y militar del Presidente, el Prefecto de Policía y otros personajes.

D. Alfonso, dando el brazo a la señora de Poincaré y el Presidente de la República con la reina doña Victoria, salieron de la estación entre las aclamaciones del público y en un coche dirigieronse juntos al hotel Meurice, en donde se hospedaban los augustos viajeros.

Al mediodía Sus Majestades fueron al Elíseo, en donde se celebraba un almuerzo íntimo en su honor, siendo recibidos a su entrada en el palacio por el director del Protocolo, el oficial de semana del Presidente y el secretario general de la Presidencia, quienes los acompañaron al salón, en donde los esperaban el Sr. Poincaré y su esposa. En el patio del Elíseo, un batallón de infantería les tributó los honores y la banda de música ejecutó la Marcha Real.

Por la tarde, los reyes estuvieron en Fontainebleau y por la noche en el teatro del Palais Royal.

A la mañana siguiente, SS. MM. emprendieron el viaje a Calais, desde donde marcharon a Londres.

Hace algunos años alcanzó celebridad grande, aunque efímera, un ciudadano llamado Chabrol, que se resistió tenazmente a desocupar el piso que habitaba y del cual había sido desahuciado por causa de derribo del edificio.

El tal sujeto llegó a fortificarse en su domicilio y aun a repeler con la fuerza los ataques de la policía, la cual hubo de poner sitio en regla a lo que el pueblo parisiense no tardó en denominar fuerte Chabrol. Al fin el inquilino recalcitrante hubo de rendirse, cuando las obras de derribo no le permitieron ya prolongar su resistencia.

Un caso algo parecido a éste ha sucedido recientemente en la misma capital.

mo tenían pagados varios meses de alquiler adelantado. quisieron hacer una buena obra ofreciendo su morada suntuosa a algunas familias pobres para que la ocupasen hasta terminar el plazo del arriendo.

De este rasgo de bondad aprovechó el Sr. Cochón, presidente de la «Federación de los Inquilinos» y enemigo terrible de los propietarios, quien instaló en el referido palacio ocho familias con un total de treinta y cinco niños que, habiendo sido lanzadas de sus miserables viviendas, se encontraban desamparadas y en medio de la calle.

Al propietario de la finca no debió agradarle seguramente la instalación de los nuevos inquilinos, puesto que acudió al juzgado y obtuvo una sentencia en la que el juez, después de una serie de considerandos, por cierto inspirados en un espíritu muy poco democrático, decretó que las citadas familias abandonasen inmediatamente el palacio.

Los perjudicados por este fallo, animados por el señor Cochón y también por los condes de La Rochefoucauld, se apercibieron a oponer una resistencia parecida a la que en otros tiempos opuso el mencionado Chabrol y a este efecto cerraron y atrancaron las puertas y ventanas de la planta baja del edificio, en el cual penetraron ellos y sus favorecedores por las ventanas altas y por medio de cuerdas, habiendo colocado en la fachada varios cartelones alusivos y en el tercer piso un muñeco con un tricorno encarnado que representaba al juez autor de la sentencia, ahorcado.

No hay que decir que las inmediaciones del palacio estuvieron constantemente llenas de público que esperaba ver en qué pararía la aventura de los protegidos de los condes de La Rochefoucauld.

La aventura terminó sitiando la policía el palacio y rindiéndose a discreción los sitiados, que fueron recogidos por la condesa e instalados por ésta en un chalet suyo de Bougival.



Un nuevo fuerte Chabrol. - El hotel que hasta ahora han ocupado los duques de La Rochefoucauld y que éstos han cedido hasta que termine el plazo del arrendamiento a varias familias pobres lanzadas de sus domicilios y que se niegan a abandonarlo a pesar de las intimaciones judiciales. (De fotografía de M. Branger.)

Hace algunos días, los condes de La Rochefoucauld desahucaron el palacio que habitaban en el bulevar Lannes; mas co-

y rindiéndose a discreción los sitiados, que fueron recogidos por la condesa e instalados por ésta en un chalet suyo de Bougival.

EL CONFLICTO DE ORIENTE

Desde nuestra última crónica, los ejércitos serbio, griego y turco han seguido avanzando y derrotando en todas partes a los búlgaros, que, en general, huyen sin oponer resistencia a sus enemigos. Únicamente los griegos han tenido que sostener contra ellos sangrientos combates, que han durado dos días, en los célebres desfiladeros de Kresna, que tienen una extensión de 20 kilómetros y que se consideraban como inexpugnables, tanto más cuanto que los búlgaros habían hecho aún más difícil su paso destruyendo todos los puentes del único camino que allí existe. La batalla terminó con una brillantísima victoria del ejército heleno, gracias a la cual griegos y serbios podrían coordinar sus esfuerzos de una manera eficaz en el caso en que juzgaran necesario empeñar una acción decisiva contra el ejército búlgaro, actualmente concentrado en la región de Kustendil, al Sur de Sofía.

Las operaciones militares tienen, sin embargo, un interés secundario, pues cuando escribimos esta crónica todo el interés que el conflicto balkánico despierta está fijo en la conferencia reunida en Bucarest, gracias principalmente a las gestiones del rey Carlos de Rumania, quien en su deseo de acabar cuanto antes con la efusión de sangre y de normalizar la situación, ha podido conseguir que Bulgaria, Servia, Montenegro y Grecia envíen sus plenipotenciarios a la citada capital.

Estos delegados son: por Rumania, los Sres. Majoresco, presidente del Consejo de Ministros; Take Jonesco, ministro del Interior; Disesco, ministro de Instrucción Pública; Marghiloman, ministro de Hacienda; general Coanda, inspector de artillería, y coronel Christosco, subjefe del Estado Mayor del ejército; por Servia, los Sres. Pachitch, presidente del Consejo; Ristisch, ministro de Servia en Bucarest; Spalaikovitch, exministro en Sofía; coronel Similianitch, teniente coronel Kalavovitch, agregado a la legación de Bucarest; Chamovitch, jefe del servicio de la presidencia, y Gabrilovitch, secretario del ministerio de Negocios Extranjeros; por Montenegro, el general Voukolitch, presidente del Consejo, y Matanovitch, exministro; por Grecia, los Sres. Venizelos, presidente del Consejo; Panas, exministro en Sofía; el profesor Politis, y los capitanes Exedactilos y Palis; y por Bulgaria, los Sres. Toutcheff, ministro de Hacienda; general Fitcheff; teniente coronel Stancioff, y los agregados Radeff, Papazoff, Dimitroff, Ischerkoff e Ivanoff.

Los plenipotenciarios celebraron su primera conferencia el día 29 del pasado julio y su primer acuerdo fué pactar la suspensión de hostilidades. De este acuerdo, que acogieron con satisfacción todos los delegados, entregóse un ejemplar a cada

uno de los jefes de las delegaciones a fin de que telegrafiasen las condiciones a los respectivos cuarteles generales.

Según parece, todos los plenipotenciarios están animados de los mejores deseos para llegar a una paz duradera, y las pretensiones que formularán en nombre de sus respectivos gobiernos Servia, Montenegro y Grecia no serán exageradas, pues no tienen interés alguno en pedir la humillación inútil de Bulgaria. Esto no obstante, están resueltos a exigir a su antigua

de los gabinetes de Viena y San Petersburgo consiste en impedir una disminución de Bulgaria más allá de los límites compatibles con el mantenimiento del equilibrio balkánico.

El único punto negro es la actitud de Turquía, que persiste en conservar Andrinópolis y las demás posiciones que recientemente ha ocupado, afirmando que no las abandonará sino por la fuerza de las armas. Pero acerca de este particular, las potencias se hallan firmemente resueltas a que se cumpla el tratado de Londres, y ante esta resolución el gobierno otomano no tendrá más remedio que someterse si no quiere exponerse a las consecuencias, que para ella serían funestísimas, de una acción europea colectiva.

GANTE. - EL CORTEJO HISTÓRICO «OMMEGANCK».

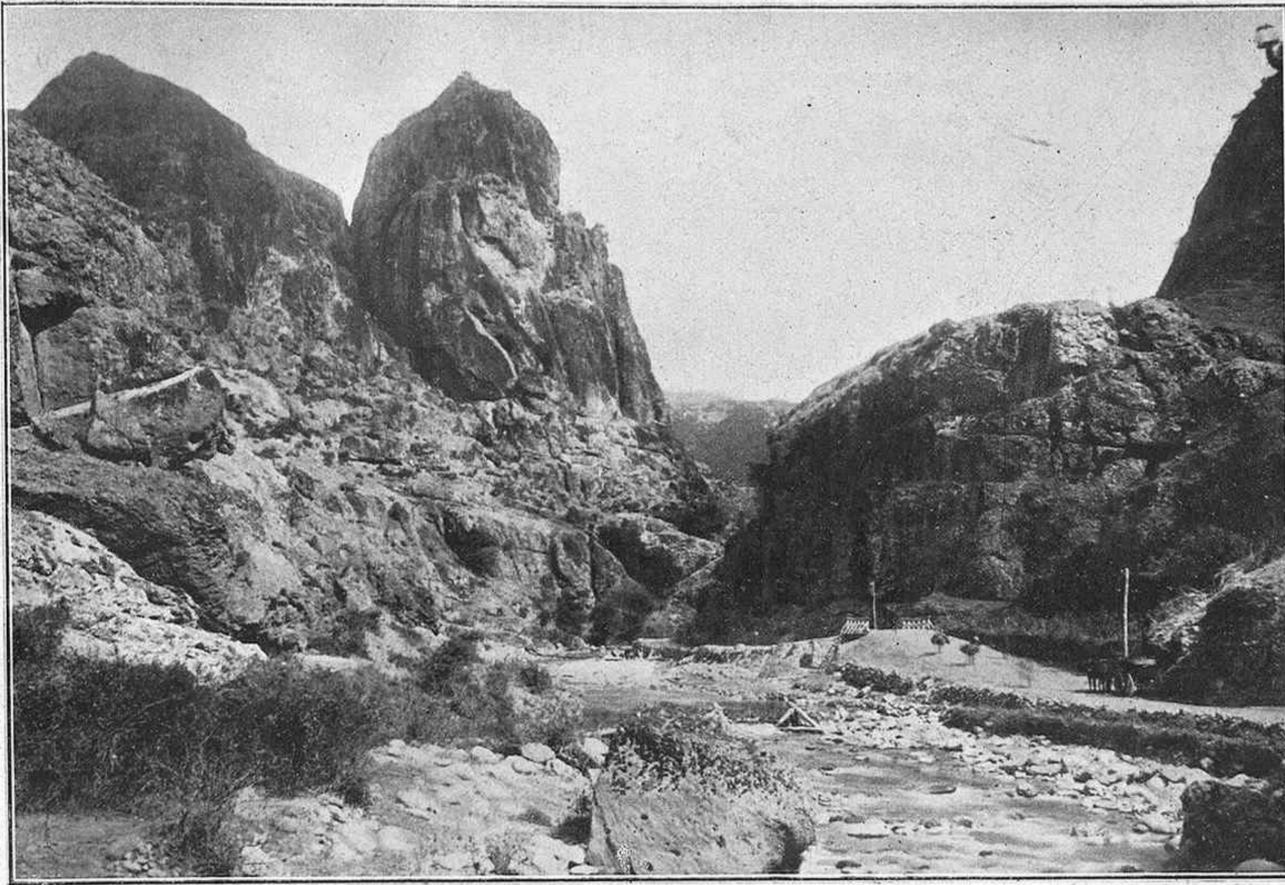
Una de las curiosidades más pintorescas de la exposición que actualmente se celebra en Gante, ha sido el *Ommeganck* o cortejo histórico de las cofradías antiguas de aquella ciudad. Entre estas cofradías había la de San Miguel, de los maestros de armas, fundada en 1613, que organizaba concursos anuales y otorgaba el título de rey al vencedor, quien era durante el año un personaje importante. Aquellos concursos terminaban con un cortejo que, después de proclamado el nuevo rey, lo conducía con gran pompa a la Casa Consistorial, y en el cual figuraban las demás cofradías, luciendo sus armas y trajes de gala y marchando solemnemente al son de pífanos y trompetas y con las banderas desplegadas.

El *Ommeganck* ahora efectuado en Gante ha sido una reconstitución del que se celebró en 1619, año en que tomaron parte en él varios archiduques con sus séquitos. La cofradía de San Miguel figuraba en él con sus pífanos, sus tambores, su música arcaica, sus guardias, sus tiradores, su bufón, sus cofradas y su carroza y su carro, reproduciendo tanto ésta como las otras cofradías de San Jorge, San Sebastián y San Antonio, el hermoso espectáculo que en otro tiempo ofrecían estas fiestas. Iban también en la comitiva el proclamado rey, llevando en el pecho el pájaro de oro insignia de su alta dignidad, varias carrozas, literas y sillas de manos con los condes y archiduques, el carro del León de Flandes y los miembros de las cámaras de retórica que, en el siglo XVII, tenían su residencia en Gante.

El número de personas que formaban el cortejo pasaba de 1.000, todas ellas vestidas con trajes auténticos.

El cortejo, admirable reproducción del pasado, resultó de una originalidad y de un color local en extremo notables, a lo que contribuyó el hecho de desfilar por calles y plazas llenas de monumentos históricos.

La fiesta terminó con un magnífico carrousel que se celebró en el Palacio de Fiestas de la Exposición. - R.



El conflicto de Oriente. - Célebres desfiladeros de Kresna, de 20 kilómetros de extensión, que los búlgaros consideraban inexpugnables y que el ejército griego ha atravesado después de dos días de encarnizados combates, obteniendo sobre aquéllos una brillante victoria. (Fot. remitida por C. Trampus.)

aliada las responsabilidades por la conducta seguida después de terminada la lucha con Turquía y que dió lugar a esta segunda guerra.

Para atajar las exigencias de los tres Estados hoy unidos contra Bulgaria, en el caso de que fuesen desmedidas, se han puesto de acuerdo Rusia y Austria, que es de suponer cuentan con la aquiescencia de las otras grandes potencias. El acuerdo



Gante. Cortejo histórico «Ommeganck». - Grupo de trompeteros y carroza del León de Flandes. La guardia burguesa de Gante. - Carrozas de la corte y de la Basterne (grupo de los archiduques). (De fotografías de M. Branger.)



CONSEJO DE HERMANA, cuadro de K. A. Buehr

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)



ATAQUE Y DEFENSA, cuadro de Dionisio Etcheverry

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

RIPOLL. - LA FIESTA DE LA FE

Grandiosa y solemne sobre toda ponderación ha sido la Fiesta de la Fe que, organizada por la Juventud Católica de

certamen literario-musical, que comenzó leyendo el Dr. Torras y Bages un hermosísimo discurso sobre el tema «La Fe y la Poesía». Es imposible dar una idea de la belleza y de la profundidad del trabajo del eminente obispo vicense, como no

general eran para los equipos: de 5.000, 2.000, 1.000, 500, 300, 200, 150 y 150 francos; y para los aislados: de 1.200, 800, 500, 200, 100, 50 y 50. Además había varios premios para cada etapa. Únicamente 25 corredores terminaron la carrera,



Ripoll. La Fiesta de la Fe. - El obispo de Vich Dr. Torras y Bages y su séquito oficial dirigiéndose al Monasterio.

Barcelona para conmemorar la publicación del edicto de Milán por el emperador Constantino, se celebró el domingo, día 27 de julio último, en la histórica ciudad de Ripoll, cuna de la Reconquista catalana.

Los expedicionarios salieron de esta ciudad en un tren especial, al que subieron muchos otros en las estaciones del trayecto. En Vich agregóse a la expedición el sapientísimo prelado de aquella diócesis Dr. Torras y Bages, a quien acompañaban los canónigos doctores Dachy y Martí, el laureado poeta D. Francisco Matheu y otras distinguidas personalidades.

Al llegar a Ripoll, los expedicionarios fueron recibidos entusiastamente por toda la población con sus autoridades, corporaciones, sociedades corales y otras entidades y numerosos forasteros, organizándose poco después la comitiva, que se encaminó al histórico monasterio, en donde se dijo un oficio, en el que celebró de pontifical el reverendo abad de Montserrat P. Deás. Terminado el Evangelio, el canónigo magistral de la catedral de Barcelona pronunció un elocuente sermón sobre el tema «Necesidad de fortificar el espíritu cristiano que hizo grande a Cataluña».

Durante el oficio, el Orfeó Catalá cantó con su acostumbrada maestría la misa del Papa Marcelo, de Palestrina, y terminado aquél, un Tedéum y los gozos del inmortal Verdaguer a Nuestra Señora de Ripoll.

Concluida la ceremonia religiosa, el Orfeó Catalá, con las autoridades y las comisiones oficiales, se dirigió a las Casas Consistoriales, y después de haber cantado el Cant de la Senyera, subió al salón de sesiones, en donde el alcalde Sr. Prat le dirigió una entusiasta felicitación y le entregó una artística plancha de plata.

Por la tarde, en los claustros del monasterio, celebróse el



El obispo de Vich entregando el premio a uno de los músicos premiados en el certamen literario musical

sea publicándolo íntegro; el extracto del mismo que pudiéramos nosotros hacer, sería una profanación. Preferimos, pues, limitarnos a decir que el discurso del Dr. Torras y Bages es un verdadero monumento literario, como todos los que salen de la pluma del por tantos conceptos ilustre prelado.

Después procedióse a la entrega de los premios a los poetas y músicos premiados, finalizando el certamen con un notable concierto por el Orfeó Catalá.

PARÍS.--LA CARRERA CICLISTA DE LA VUELTA A FRANCIA

Por undécima vez se ha efectuado esta famosa carrera que anualmente organiza el diario deportista parisiense L'Auto. La de este año comprendía quince etapas, con un total de 5.387 kilómetros. La carrera comenzó el 29 de junio y terminó el 27 de julio y para tomar parte en ella se inscribieron, entre equipos y aislados, 161 corredores. Los premios de la clasificación

Concierto dado por el «Orfeó Catalá» en los claustros del Monasterio. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

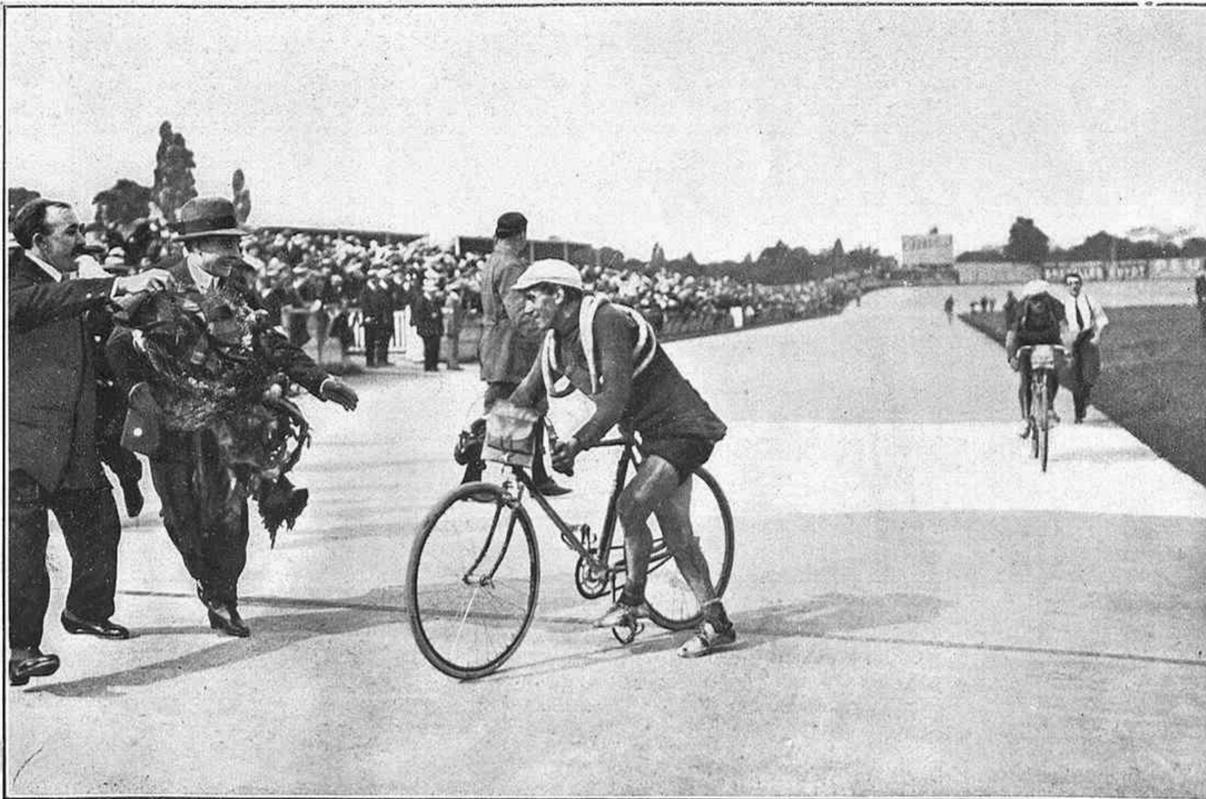
habiendo resultado vencedor el belga Thys, que empleó en el recorrido total 197 horas y 54 minutos, y a quien se hizo, a su llegada al velódromo del Parque de los Príncipes, un recibimiento entusiasta.

LOS GUARDIAS SUIZOS DEL VATICANO

A consecuencia de las rigurosas medidas disciplinarias adoptadas por el coronel Repond, amotinaronse hace algunos días los guardias suizos del Vaticano. El motín amenazaba degenerar en grave conflicto, que pudo evitarse gracias a las medidas adoptadas por el cardenal Merry del Val y que han consistido en despedir a los principales fautores del movimiento y en conceder una licencia, que, según parece, será ilimitada, al mencionado coronel. Los guardias que han sido conservados en sus puestos han dirigido un mensaje a Su Santidad haciendo protestas de su fidelidad más absoluta.



El coronel Repond, de los guardias suizos pontificios, cuya excesiva severidad ha dado lugar a que éstos se amotinaron. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

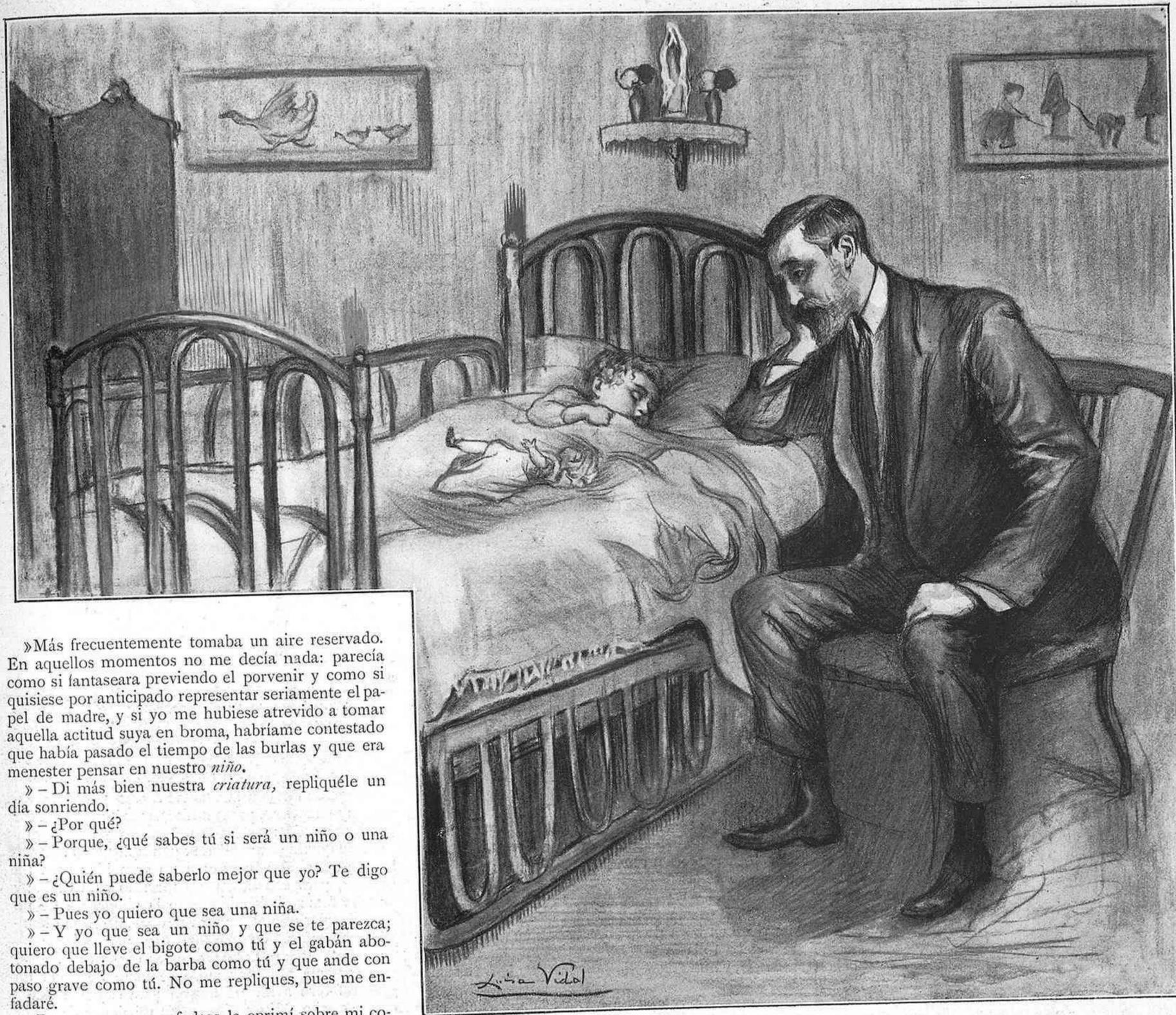


París. - Llegada al Velódromo del Parque de los Príncipes del corredor belga Thys, vencedor en la carrera ciclista llamada de la Vuelta a Francia, que ha recorrido en 197 horas 54 minutos, y en quince etapas, 5.387 kilómetros. (De fotografía de M. Rol.)

La Sal Natural de Sprudel de Carlsbad es la única legítima Sal de Carlsbad

DOS AMORES

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE LUISA VIDAL. (CONTINUACIÓN.)



Y cuando duerme, quedome silencioso mirándola con el codo apoyado en la almohada...

»Más frecuentemente tomaba un aire reservado. En aquellos momentos no me decía nada: parecía como si fantaseara previendo el porvenir y como si quisiese por anticipado representar seriamente el papel de madre, y si yo me hubiese atrevido a tomar aquella actitud suya en broma, habríame contestado que había pasado el tiempo de las burlas y que era menester pensar en nuestro niño.

»- Di más bien nuestra *criatura*, replíqueme un día sonriendo.

»- ¿Por qué?

»- Porque, ¿qué sabes tú si será un niño o una niña?

»- ¿Quién puede saberlo mejor que yo? Te digo que es un niño.

»- Pues yo quiero que sea una niña.

»- Y yo que sea un niño y que se te parezca; quiero que lleve el bigote como tú y el gabán abotonado debajo de la barba como tú y que ande con paso grave como tú. No me repliques, pues me enfadaré.

»Para que no se enfadase la oprimí sobre mi corazón.

»Mas a pesar de su voluntad absoluta, el niño fué niña, tal como yo había deseado.

»No he comprendido nunca la causa de la predilección que las madres suelen tener por los varones. Un filósofo materialista la atribuía a la simpatía del sexo; pero buen provecho le haga si no ve más allá. De todos modos, sea cual fuere esa causa, estoy convencido de que es una injusticia.

»Cien veces había meditado sobre este asunto y había deseado una niña.

»Un niño, habíame dicho a mí mismo, no será tuyo más que hasta la edad de cinco o seis años; después, se volverá terco, insolente, distraído y te hará enfadar. A los veinte años, si sus ideas no coinciden con las tuyas, te abandonará sin pena, se entregará a los amoríos, querrá ser conspirador, querrá entrar en el ejército por vanidad y con pretexto de la gloria, te hará sufrir las penas del infierno. Una niña, en cambio, es un amor perenne; la verás crecer durante muchos años ante tus ojos, deseosa siempre de tus caricias, y cuando tú hayas envejecido y ella haya crecido tanto que ya no le agraden las muñecas, se complacerá en salir contigo y en darte el brazo; te preparará con sus manos el café, que es tu bebida favorita, tendrá en orden tu guardarropa, querrá marcar tu ropa blanca y si la suerte le procura un buen marido y se casa a tu gusto, te dejará llorando y te

llamará aparte para decirte, entre lágrimas, que la apena separarse de ti y prometerte que no pasará día sin que venga a abrazarte. Y cuando la vejez te abata, convencerá a su esposo para recogerte bajo su techo y cuando llegues a tu casa enviará a tu encuentro a sus hijos, que se esconderán entre tus piernas llamándote *abuelito*...

»Así daba yo pábulo a mis deseos mirando hacia el porvenir.

»Imagínate, pues, mi alegría cuando me nació aquella niña.

»Tenía la mirada, la boca y la risa de Clelia y yo sostenía que hasta la nariz, aunque esto me lo discutían vivamente.

»Aquel angelito que venía a visitar nuestra casa y a iniciar nuestra pequeña familia, fué acogido con gozo; con él multiplicóse el manantial de nuestras dulzuras y se renovaron y tomaron un nuevo sesgo nuestras costumbres. En adelante, nuestra vida no tendría un solo instante vacío; aquella niña la llenaba toda; veíamos un objetivo, comprendíamos plenamente las razones de la creación, cuyos hilos teníamos en nuestras manos; nos parecía haber penetrado el secreto de la divinidad.

»Tanto como es audaz el amor de amante, tanto

como es sereno el amor de esposo, es robusto y activo el amor de padre.

»Esa criatura es hoy el único consuelo de mi viudez.

»Ya verás cuánto se le parece, cómo la ingenua risa infantil recuerda la triste sonrisa de la pobre muerta!

»Paso muchas horas de la noche a la cabecera de su cama; hasta que no se duerme, vuelve hacia mí la cabecita, se sonríe y me tiende las manos para abrazarme. Y cuando duerme quedome silencioso mirándola con el codo apoyado en su almohada, y entonces me parece sentir la presencia de un ser invisible que penetra dentro de mí y me habla palabras secretas.

»¿Crees tú que los espíritus de los muertos pueden consolar los dolores que en la tierra han dejado?

»No me digas que no.

»También yo he sonreído de tal creencia; sin embargo, hoy es la única que me es grata.

»Si esta fe no me engaña, mi pobrecita no me ha dejado del todo; basta con que yo la llame mentalmente, para que en seguida acuda a mi lado, y para verla no tengo que hacer más que buscar su afilado rostro en las redondas mejillas de la pequeña.

»Todo esto sucede de un modo misterioso, casi sin que yo tenga conciencia de ello; no se necesita sino un acto debilísimo de voluntad.

»Nada más puro que el espíritu de ella tal como suele aparecerse: es un suspiro al amor, acaso a la eternidad del amor, y con él se mezcla un temor indefinido que no conturba.

»Los hombres han preguntado a la naturaleza su secreto y la naturaleza tuvo piedad de sus manías y concedió un andrajo hecho jirones para que escondiesen la propia desnudez. Los necios se sintieron con ello orgullosos y bautizaron aquella miserable capa con el nombre de *Ciencia*; pero el pensador rechaza la aridez de esta ciencia altanera, pregunta las causas... y la naturaleza calla.

»La muerte es la gran revelación; el Calvario es más elocuente que el Sinaí.»

* *

«Había transcurrido un año desde el nacimiento de la niña; no nos cansábamos de mirarla, de cogerla en brazos, de cubrirla de besos, y aquel amorcillo comenzaba a balbucear, a llamarnos por nuestros nombres. Era tanta nuestra felicidad que nos daba casi miedo, porque la felicidad es tan miedosa como la desgracia: el infortunado que nada tiene que perder teme la prepotencia de los hombres y el hombre dichoso teme la inestabilidad de la suerte. De esta manera la carga de las miserias no deja un momento de pesar sobre los hombros de la humanidad.

»En aquellos días recibí carta de Eugenio que me escribía desde Roma. Había terminado sus estudios bajo la dirección de un célebre artista que acababa de morir; encontrábase solo y pensaba venir a Milán con la esperanza de acercarse otra vez, en cierto modo, a su infancia acercándose a mí.

»Su carta era dulce, exhalaba un perfume de entusiasmo melancólico. Me hablaba largamente de su maestro, como si yo le hubiese conocido, de los cuadros que proyectaba hacer antes de morir y de los que había concluido en los últimos días de su existencia.

»Tratando de figurarme la imagen de Eugenio, hice de él un retrato a capricho, imaginándomelo alto, con barba rubia y clara y con los cabellos largos; pero poco a poco aquel tipo se transformó en mi mente y ya no pude imaginarme a Eugenio de otro modo que como era cuando estaba en el colegio. Entonces sentíme movido a pensar en mi pasado y volví a tejer la tela de mi vida conturbada.

»Melancólica cosa es la memoria, ese repetirse uno a sí mismo las alegrías y los dolores sin sentir sus espasmos y sus dulzuras y decirse que todo aquello ya no es ni volverá a ser nunca más, con todo y ser una parte de lo que somos. Pero mientras me hacía estas reflexiones vi venir a Clelia sonriente y con la niña en brazos y entonces corrió por mis venas un cierto frío, un frío de placer.

»Comuniqué a Clelia la grata noticia con tanto entusiasmo como si estuviera seguro de que con ello la complacía y de que su júbilo había de aumentar el mío. Clelia se sonrió y me preguntó quién era Eugenio.

»— Tienes mucha razón, le contesté; y como me acordé entonces de que Clelia no sólo no conocía a Eugenio sino que ni siquiera había oído hablar de él, le expliqué nuestras relaciones de colegio, haciéndole de él un retrato agradable para que comenzase a sentir aprecio por él. Clelia me escuchaba, parecía gozarse en mi gozo y me auguraba que tendría sumo gusto en conocerlo; pero yo descubrí en sus palabras algo de frialdad que casi me disgustó, de lo que ella hubo de darse cuenta.

»— ¿Cuándo llegará?, me preguntó.

»— Dentro de cuatro días.

»— ¿Y tú irás a recibirle y pasarás los días con él y me abandonarás por este nuevo amigo que viene expresamente de Roma para separarnos?

»La pobrecilla hablaba en serio; yo no sabía qué contestar, pero mi corazón rebotaba de ternura. Le consolé llenándola de besos.

»Cuando se hubo calmado, alzó el rostro ingenuo y me confesó que estaba celosa.»

* *

«Cuatro días después, fuíme muy temprano a esperar a Eugenio. Iba lleno de emoción, como si me acercase a los muros del colegio de B. y subiese por aquellas escaleras y recorriese los corredores animados por nuestras voces argentinas.

»Por el camino me preguntaba cómo lo haría para reconocer a Eugenio y si éste me reconocería a mí; pero ninguno de los dos podía acariciar tal ilusión. «¡Qué diantre, pensé. Tengo su retrato en mi mente;

además a cualquiera de los dos algo nos dirá el corazón.»

»Oí el silbido de la máquina y el chirriar de los vagones al moderar su marcha; vi abrirse las portezuelas y salir por ellas multitud de gentes de diversas clases con aspecto de cansancio, y miré aquellas caras una por una. El corazón me latía con fuerza, pero aun no me había dicho: «es él».

»Todas aquellas personas tenían el aire de gentes preocupadas en sus cosas y Eugenio, en mi concepto, debía andar afanoso por verme.

»Habían salido todos; habíanse cerrado las puertas y el corazón nada me había dicho. Los viajeros se metían en los coches y fui interrogando con los ojos las fisonomías de los que estaban más cerca de mí... De pronto, advertí que un sujeto me miraba; yo también le miré: era moreno, de mediana estatura, joven y guapo. No era el retrato que yo buscaba. Poco después sentí que me tocaban un brazo: era el joven de poco antes.

»— ¡Raimundo!, exclamó:

»— ¡Eugenio!

»Y nos abrazamos más embarazados que enternecidos.»

* *

«Yo, que tanto había deseado la llegada de Eugenio, sentí, al verle, una profunda tristeza en vez de la expansión que había imaginado. Era esto quizás debido a que el volver a ver a un amigo después de tantos años y el verlo cambiado, no es sólo un desaliento para la amistad sino también una ofensa irreparable que se infiere al edificio de nuestras memorias. En cierta ocasión, me había ya construido una tienda a orillas del Purus y había dejado a Charrúa que la custodiara durante una excursión que había de prolongarse algunos meses. Después de un camino fatigoso y de una ausencia más corta de lo que yo imaginara, regresé a mi tienda. Durante el viaje había suspirado por el momento de ver de nuevo su bandera ondeante y volví a verla con alegría; pero cuando busqué con la mirada la estrecha abertura que daba acceso a la tienda y la vi tapada por una pequeña palmera que Charrúa había plantado para templar los rayos del sol, experimenté cierto disgusto. Aquella palmera no estaba en mi corazón; yo no la había dejado y, por ende, no había pensado en el momento de volver a verla. Y nunca pude querer a aquel arbolillo que aun hoy se aparece entre mis recuerdos como un importuno a quien por gratitud o por compasión no se quiere arrojar de los umbrales de la propia casa.

»Esta idea se me ocurrió aún en aquella ocasión; sin embargo hice cuanto pude para serenar mi semblante y dije no sé qué cosas a Eugenio. Pero mis palabras eran premiosas y no menos lo eran sus respuestas. Más tarde él mismo me dijo que también él se había hecho iguales consideraciones.

»Hacíase preciso renovar nuestra amistad, reconstruirla sobre las ruinas.

»Eugenio era bondadoso, no estaba todavía contaminado, no tenía esa amargura que el cinismo vulgar pone en boca de los hombres honrados; su mente vagaba todavía por las fantásticas regiones de la infancia, y aun conociendo que se engañaba a sí mismo, vivía contento de sus engaños.

»Su corazón estaba abierto a la compasión, pero no por esa sensibilidad de los hombres sometidos al dominio de los nervios, sino por un sentimiento de caridad, por una cólera generosa que se agitaba en él contra la apatía de la clase favorecida por la fortuna.

»Yo buscaba en él al muchacho alegre y descuidado de otros tiempos; pero en él nada subsistía de aquel muchacho. A la sonrisa burlona había sucedido la sonrisa serena que procede del alma; a la charla chancera, la palabra insinuante, melancólica. Eugenio era guapo, pero no de esa guapeza insulsa, obtenida a fuerza de consultar con el espejo, sino de una belleza severa; y él ni se daba cuenta de que lo era ni le importaba.

»No te diré cómo al contacto de aquel corazón virgen el mío se reverdecía y cómo mi mente se elevó más alto. Yo, que fui injusto con él, comprendo que debo pagarle este tributo.

»Eugenio era un hombre lleno de fe. Mi alma, aunque amante y correspondida, ardiente en el afecto y alegre en la esperanza, era lánguida en cuanto al creer; pero a su lado me sentí más fuerte y saludé al mundo con una nueva sonrisa.

»A veces estaba distraído, pensativo; en aquellos momentos, acariciaba una idea, pedía una inspiración, quería *crear*. Su lucha secreta era salir del vulgo, levantarse por encima de él.

»Sentíase artista por naturaleza, sabía que había

trabajado mucho para llegar a serlo y le daba miedo su porvenir. De cuando en cuando acometiale el desaliento y le parecía indigno de entrar en la liza.

»En aquellos momentos había de mí, quería estar solo para no turbar mi paz; pero aquellos pavores eran breves; pronto su espíritu se rebelaba y en su mente ardía la llama de la idea. Entonces volvía a ser locuaz, me hablaba del arte como de una enamorada que le hubiese sonreído, y en su embriaguez, concebía un cuadro, lo comenzaba impacientemente y con la misma fiebre lo concluía a menudo. Así pintó sus lienzos más hermosos.

»Jamás he encontrado tan armónicamente enlazados el culto del arte y el culto del hombre. Eugenio era un gran artista pero, lo que es más aún, era también un hombre honrado, al contrario de la mayoría de los artistas que tienen dos vidas: una, la del arte, grande; otra, la del hombre, llena de lodo.

»Al poco tiempo fuimos inseparables.

»Clelia mostrábase indiferente de ello en los primeros días; mas no tardé en comprender, aunque ella procuraba disimularlo, que me ocultaba sus sentimientos.

»Un día le pregunté en tono de broma si todavía estaba celosa de Eugenio; me abrazó, sonrióse y me dijo que no. Poco a poco le fué imposible disimular y me decía francamente que el afecto que yo otorgaba a Eugenio era robado a nuestro amor, reprochándome que no la amaba como antes y que la descuidaba como no lo habría hecho en otro tiempo.

»Sorprendíome tanto aquella revelación que sondeé mi alma para interrogarme a mí mismo. Los celos de Clelia eran injustos; yo sentía que la amaba como la había amado antes, más aún; los dos afectos vivían en mi pecho alimentados por un mismo latido, vigorizados el uno por el otro. Se lo dije a Clelia y pareció gozosa; pero algunos días después, volvió a sus temores.

»La mujer quiere ser exclusiva en el amor; esta criatura débil tiene miedo de todo, ¿y por quién puede tener miedo la pobrecilla, sino por aquel a quien ama? En todas partes ve acechanzas para arrebatárselo, y se lo dice. ¿Hemos de ofendernos porque nos ama demasiado?

»— ¿Sales? ¿No mirarás a nadie en la calle?

»— A nadie, ya me conoces.

»— Lo sé; pero esas mujeres que por la calle andan son tan descaradas, miran tan fijamente a los jóvenes... ¿Verdad que son descaradas?

»— Son impertinentes...

»— ¡Vaya! Ahora te chancas..., pero hay tantas que son guapas...»

* *

«Eugenio iba con frecuencia a casa por la mañana, muy temprano, para que fuésemos juntos a pasear por las murallas; amaba la naturaleza y decía siempre que quería sorprenderla apenas despierta. Aquellos paseos al amanecer eran un gran bien para mi espíritu, pero constituían un martirio para Clelia; y aunque ésta se había impuesto la obligación de no formular por ello el menor reproche, no se me ocultaba que sufría.

»— Acabarás por olvidarme, me dijo un día.

»Sentíame tan inocente, que hube de hacer un gran esfuerzo sobre mí mismo para dejarme llevar del despecho. Mi espíritu quería rebelarse; de haber sido yo culpable, el remordimiento no me habría hecho tanto daño como el verme acusado sin motivo. Sin embargo, Clelia era tan buena, tan débil, que me daba compasión; así es que siempre encontraba en mí energías para contestar con caricias a sus reproches. Ella lo observaba, se me mostraba agradecida por ello, sonreíame a veces entre lágrimas y escondiendo su rostro en mi pecho me decía que la perdonase. A mí entonces se me ensanchaba el corazón.

»Clelia había concebido una singular antipatía contra Eugenio; su corazón acusaba a éste de robarle a ella, de haber puesto entre nuestras almas un intervalo que antes no existía y en el cual se había escondido él con sus locos sueños de artista.

»Yo comprendía todo esto y sin embargo me obstinaba en hablar de Eugenio; parecíame que, puesto que yo le amaba, también Clelia debía oír con gusto que hablase de él. A veces me escuchaba en silencio y yo, interpretando en el buen sentido aquella atención, aprovechaba la coyuntura para decirle que me daba pena la injusticia con que juzgaba a mi amigo; pero así que yo callaba, lisonjeándome de haber tocado su corazón, ella me miraba con el mismo aire distraído de antes y al ver que asomaba a mi rostro alguna señal de cólera se arrojaba en mis brazos.

»Ignoro si Eugenio se percató entonces de aquella antipatía absurda; era tan poco vanidoso y tenía formado de sí mismo tan pequeño concepto, que qui-

zías no se extrañaba de que otros le demostrasen casi frialdad. Acaso se había dado cuenta de todo, pero, sea que hubiese comprendido las razones de ello, sea que no quisiera disgustarme dejándome entrever su sospecha, el caso es que nada dejó vislumbrar.

»Una mañana Clelia se cogió de mi brazo y quiso que la pasease por las habitaciones de nuestra casa como en otro tiempo. Habíase despertado de buen humor, mostrábase más cariñosa que de costumbre y quería que también yo lo fuese. Ocurríasele mil caprichos, pero en seguida se reía de ellos y me decía que no le hiciera caso porque aquel día quería lo-quear.

»De pronto se detuvo y mirándome frente a frente y enlazándome con sus brazos quiso que yo le concediese un favor.

» - Blanca, dijo en voz baja, nuestra hija, enflaquece y se pone pálida.

» - Te engañas; está fresca como una rosa.

» - Te lo parece, replicó con sonrisa picaresca.

» - ¿Quieres decir?

» - Blanca necesita moverse, ver campo, sentarse sobre la hierba, coger margaritas, saludar a la hermosa primavera.

» - Ya comprendo.

» - ¡Bravo! ¿Y consientes?

» - Consiento.

» - ¿Y me dejarás escoger el sitio?

» - Seguramente.

» - Dió un brinco de alegría y me besó.

» - Mas no es esto, añadió, quiero que estemos solos...

» - ¡Solos! ¿Y Blanca, la pobrecita, que hoy está pálida y que desde ayer enflaquece?.. Será menester que venga también el aya.

» - Naturalmente... Pero no me refiero a esto... No me obligues a decírtelo...

» - Eugenio...

» - Clelia entornó los ojos.

» - Estaremos solos, le dije.

» - Pero tú estarás alegre, ¿no es verdad? ¿No me pondrás por eso mala cara? ¿Y por qué no hemos de estar solos una vez? ¿Por qué no hemos de poder amarnos sin que nos vea un extraño?

» - Eugenio no es extraño, un amigo no es extraño, le repliqué. Vosotras, las mujeres, no conocéis la amistad. ¿Quién no sabe esto? Siempre he dudado de que las mujeres tengáis el corazón hecho como el nuestro.

» - Clelia no contestó; lloraba.

» - Entonces la ternura, venciendo a todos los demás sentimientos, hizome dudar de mis propias palabras, y me reproché el desconocer el amor de Clelia y el no apreciar, como se merecía, aquella misma injusticia, que era celos, egoísmo, pero que era amor. ¿Debía yo culparle porque me amase tanto?

» - Me acerqué a Clelia y le dije que haría su voluntad, que no era el deseo de contradecirla sino el dolor de verla injusta con mi amigo, lo que me había sugerido algunas palabras ásperas. Le pedí, en fin, que me perdonase y me perdonó.

» - Los preparativos para la jira campestre fueron pronto hechos; no llevábamos nada con nosotros; iríamos al azar, así lo quería Clelia.

» - ¿Y adónde vamos?, le pregunté.

» - Clelia se puso el dedo índice en la boca, con aire misterioso; era un secreto.

» - Estábamos a punto de salir de casa, cuando me avisó Charrúa que Eugenio me esperaba.

» - Miré el rostro de Clelia, pero ésta lo ocultaba con la sombrilla, haciéndose la distraída.

» - Salí al encuentro de Eugenio y le recibí fríamente; pero él no lo advirtió. Le dije que me iba al campo con mi mujer.

» - ¿Por mucho tiempo?, preguntó asombrado.

» - Volveremos esta noche.

» - Y para evitar que nos acompañase le pregunté cómo pasaría el día.

» - Pensaba pasarlo contigo, me contestó con indiferencia; pero puesto que te marchas al campo...

» - ¿Cómo podía yo dejar de decirle que se viniera con nosotros? Si él hubiese continuado hablando, si hubiese dicho tan sólo dos palabras más..., pero callaba. Le invité, pero de tal manera que necesariamente había de adivinar que mi invitación era forzada; mas como él de nada sospechaba, ¿a qué podía atribuir mi actitud? Me preguntó si su presencia no nos sería inoportuna, y le contesté fríamente. Entonces Eugenio comprendió que aquel día su compañía no nos sería grata y estrechándome las manos y sonriendo ingenuamente, me dijo:

» - Estaba cometiéndome una tontería; no quiero ponerme entre dos esposos que van a pasar un día en el campo. Por más que digas comprendo que quieres estar solo.

» - Le habría abrazado; pero en vez de hacerlo y

puesto que ya me veía seguro, le repetí la invitación con insistencia.

» - Saludaré a tu esposa, me dijo.

» - Está allí.

» - Corrí a avisarla y la encontré dispuesta a quitarse una falda de muselina a cuadros que ya se había puesto para el campo.

» - ¿Qué haces?, le pregunté algo desabrido.

» - Ya lo ves.

» - Y para templar mi disgusto se me acercó con aire cariñoso.

» - Le dije que estaríamos solos; que Eugenio no venía con nosotros, pero quería saludarla.

» - ¡De veras!, exclamó batiendo palmas. ¡Conque iremos al campo y estaremos solos y correremos por los prados! ¡Oh, qué alegría!

» - Le repetí que Eugenio la esperaba para saludarla.

» - Con mucho gusto, dijo maliciosamente. Estoy agradecida a este bueno de Eugenio.

» - Al salir, saludó a mi amigo más cortésmente que de costumbre y nos dispusimos a salir al campo.

» - ¿Adónde vamos?, le pregunté de nuevo.

» - Y de nuevo se puso el dedo índice en la boca. Era un secreto.

* * *

» - Salimos al campo por la puerta de la ciudad más próxima. Clelia iba cogida de mi brazo o me dejaba para acariciar a la niña que comenzaba a dar los primeros pasos.

» - La niñera estaba muy alegre, seguía atenta los pasos de la pequeña y cuando ésta amenazaba caerse, la cogía en brazos y echaba a correr seguida de la madre.

» - Anduvimos al azar un gran trecho.

» - ¿Adónde vamos?, volví a preguntar.

» - Esta vez Clelia no se puso el dedo índice en los labios, sino que se me acercó sonriente y me dijo que no lo sabía y que la niña tenía apetito.

» - Por fortuna allí cerca, a un tiro de piedra apenas y medio oculta entre los matorrales, había una casita en la que vi pendida una muestra.

» - Propuse a Clelia que entrásemos en aquella hostería; batió palmas y echó a andar delante de mí. Salí a recibirnos el hostelero, confuso y con las mejillas rojas de contento, y nos dió de comer.

» - Fué aquel un día bendito, del que me acuerdo siempre enternecido y apenado.

» - He vuelto a ver después aquella casa y el rostro rubicundo del hostelero. Este me reconoció y ofrecióme sus servicios... Pero yo había ido allí en busca de un fragmento de mi felicidad sepultada.

* * *

» - Regresamos a Milán después de puesto el sol.

» - Clelia no se cansaba de decirme que se había divertido.

» - ¡Cuán dichosa sería si pudiese estar siempre en el campo contigo.

» - Le prometí que iríamos pronto para pasar una temporada.

» - ¿Solos?, me preguntó.

» - Aquella insistencia en una idea injusta me causó tristeza, pero no me ofendió.

» - Solos, le contesté.

» - Así me gusta, añadió Clelia. Dijo esto un tanto, sin embargo, un tanto preocupada, como si temiese haber provocado mi malhumor y se arrepintiese de ello; como si descendiendo al fondo de su corazón comprendiese por vez primera que era injusta.

» - Hoy que no le he visto, estoy más dispuesta a perdonarlo, me dijo poco después casi en tono de broma.

» - ¿A quién?, pregunté distraído.

» - ¿A quién ha de ser, sino a tu amigo Eugenio?

» - Le contesté con una sonrisa, pero en secreto me complació lo que me decía y me dije a mí mismo que cuando Clelia había hablado en aquella forma, era señal de que había pensado hasta aquel momento en Eugenio y que si había pensado tanto en él de seguro habría apreciado pronto las virtudes de aquella alma bonísima.

* * *

» - Durante todo el día siguiente esperé en vano a Eugenio. Al anocheecer salí esperando encontrarlo en la calle; me encaminé a su casa y supe que en todo el día no había estado en ella.

» - Volví a la mía y en la puerta encontré a Clelia que había estado esperándome en la ventana. Ceñí su cuello con mi brazo y ella pasó el suyo alrededor de mi cuerpo

» - ¿Se habrá ofendido?, me dijo.

» - ¿Quién?

» - Tu amigo Eugenio.

» - Yo creía que no y así se lo manifesté.

* * *

» - Al otro día también le esperé sin resultado y como en el anterior fuí en su busca sin poder obtener ninguna noticia suya.

» - Regresé a casa haciendo toda clase de suposiciones.

» - Charrúa, a quien encontré allí señalóme la puerta de la sala con una expresión singular; tenía una buena noticia que darme y sabía que me alegraría de ella. Acerquéme a la puerta y oí la conocida voz de Eugenio.

» - Sentado junto a Clelia, referíale acaso la historia de su ausencia; una historia que debía ser triste, puesto que Clelia parecía conmovida. En aquel momento, no pensé en el placer de ver nuevamente a mi amigo, ni en la ansiedad de aquellos dos días, ni en el temor de haberle ofendido; tan feliz me sentía viendo a Clelia cambiada respecto de él.

» - Estreché la mano de Eugenio y me senté a su lado interrogándole con los ojos. Clelia fijó los ojos suyos en mí y se sonrió; aquella sonrisa era una confesión, un arrepentimiento, una promesa de no volver a hacerlo nunca más.

» - Aquella sonrisa merecía una respuesta. Le pregunté qué era lo que la había conmovido y me hizo seña con la mano de que escuchase a Eugenio. Escuché y supe que había estado ausente por cosas de su arte, por haberle llamado un caballero alemán a una quinta del lago de Como para que retratase a una niña muerta. Tenía ésta tres años y era hermosa. Clelia había pensado en nuestra hija y se había enternecido. Yo mismo sentí oprimírseme el corazón y tuve necesidad de ir a escuchar si oía en la próxima estancia la voz argentina de nuestra pequeña. Blanca se reía con la niñera. Miré a Clelia que seguía escuchando.

* * *

» - A partir de aquel día, no tuve ningún motivo de queja de Clelia.

» - Mi vida se completó; había habido en mi corazón una amargura disimulada y había sentido vacilante entre contradecir abiertamente a Clelia y hacer ofensa a la amistad; ahora el nudo se había desatado, pues mis afecciones que se habían mirado con celos se estrechaban la mano.

» - En adelante, ya podía yo manifestar con entera franqueza mis sentimientos; era libre de amar.

» - Clelia no se mostraba malhumorada si yo deseaba la compañía de Eugenio, si me iba con él; y poco a poco compartió mi alegría y se manifestó contenta de ella.

» - Cuando Eugenio venía a casa, no le miraba con malos ojos, no le acusaba ya de querer substraerme a su amor, y muy pronto se familiarizó con él como con un amigo de la infancia.

» - Eugenio no demostró nunca haberse percatado de que hubiese habido un cambio en nuestra actitud; quizás por una delicadeza exquisita no quería dejar que se trasluciese; acaso había olvidado el pasado o querido olvidarlo para que no hubiera un término de comparación.

» - Una tarde estábamos en esta misma habitación; comenzamos por hablar de arte pero acabamos por levantar los velos de nuestras memorias.

» - Eugenio tenía que contarnos una existencia llena de aventuras.

» - Había nacido de una familia riquísima, pero había sufrido grandes reveses de fortuna; y al salir del colegio para dedicarse a la pintura, por lo que desde la infancia sintiera una atracción irresistible, le quedaban cien francos, ni un céntimo más ni un céntimo menos. No era mucho para acometer la atrevida empresa que había concebido, es decir, ir a Roma a aprender dibujo; sin embargo, fué allí y gastó los pocos dineros que le quedaban, pero era alumno de la Academia Romana de Bellas Artes; padeció hambre, pero se hizo artista.

» - Con este relato se enlazaban cien episodios graciosos, que refirió sonriente y de los cuales el siguiente no se ha borrado nunca más de mi memoria.

» - En los primeros meses en que se encontraba en Roma, celebróse el concurso para los alumnos de una clase de dibujo superior a la en que estaba Eugenio. Su profesor le aconsejó que tomase parte en él y siguió el consejo. Era un atrevimiento sin igual, pero si triunfaba se encontraría al frente de una clase y disfrutaría de un sueldo.

(Se continuará.)

LONDRES. — CEREMONIA DE LA ORDEN DEL BAÑO

El rey Jorge V de Inglaterra ha querido reintegrar a la capilla de Enrique VII de la célebre abadía de Westminster el carácter que antiguamente tenía de capilla y residencia oficial, por decirlo así, de la muy honorable Orden del Baño, cuyos caballeros celebraban en ella sus sesiones.

A este efecto, efectuóse el día 22 del pasado julio una solemne ceremonia que fué presidida por el monarca y presenciada por la Reina y demás personas de la Real familia.

El cortejo, del que formaban parte todos los caballeros de la Orden, vestidos con la túnica de púrpura y oro y con el gran manto de escarlata y presididos por el Rey, cuyo manto sostenían dos pajes, se dirigió desde la Cámara de los Lores a la capilla, que estaba engalanada con profusión de banderas.

Al pie del altar, brillaban numerosos objetos de oro cincelado pertenecientes al tesoro de Westminster y sobre el altar había dos jarrones de oro llenos de flores de color rojo, símbolo de la Orden.

Después que el deán hubo prestado juramento al Rey, éste dirigióse al altar y postrándose de rodillas

hizo el donativo en oro y plata; luego el gran maestro, duque de Connaught, desenvainó su espada y se la entregó al deán, el cual se la devolvió diciéndole: «Os exhorto y amonesto para que uséis de vuestra espada para la gloria de Dios, la defensa del Evangelio, el mantenimiento de todos los derechos y ho-

LEIPZIG. — GRAN FIESTA GIMNÁSTICA

En Leipzig se ha celebrado recientemente la undécima fiesta gimnástica alemana, que ha revestido una grandiosidad superior a toda ponderación.

Uno de los números más interesantes y pintorescos del programa fueron los dos cortejos que, formado cada uno en sitio distinto, se reunieron en la inmensa explanada en donde se efectuaron los ejercicios y allí desfilaron por delante de un público de más de 100.000 personas, que no cesó de aclamarlos.

Para dar una idea de lo que fueron estos dos cortejos, bastará decir que en ellos figuraron 9.000 asociaciones con sus respectivas banderas, que representaban a todas las de Alemania y a gran número de extranjeras, entre ellas dinamarquesas, holandesas, rusas, españolas, americanas, inglesas, etc.

Antes de terminar el desfile entraron en la tribuna regia el rey Federico Augusto y el duque Carlos Eduardo de Sajonia Coburgo Gotha, comenzando entonces los ejercicios, que ejecutaron si-

multáneamente 17.000 gimnastas y que resultaron un espectáculo de una belleza indescriptible.



Londres. — Reinauguración de la capilla de Enrique VII de la abadía de Westminster como capilla oficial de la orden del Baño. El rey Jorge V precedido del duque de Connaught, gran maestro de la orden, dirigiéndose a la capilla. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



Leipzig. — Grandiosa fiesta gimnástica en la que han tomado parte más de 100.000 personas. — Uno de los cortejos desfilando por delante de las tribunas. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

LA ACCIÓN CIVILIZADORA DE ESPAÑA EN MARRUECOS. (De fotografías de Lázaro.)



Melilla. Reparto de premios en las escuelas indígenas. - El comandante Sr. Riquelme leyendo en correcto árabe una alocución del general Jordana. - Merienda con que el general Jordana obsequió a los niños moros. - Grupos de niños moros asistentes a las escuelas indígenas de Melilla, Nador y el Had de Benisicar. - Un morito recibiendo un premio de manos del comandante Riquelme.

En Melilla se han efectuado recientemente los exámenes de fin de curso de las escuelas indígenas de aquella plaza, de Nador y del zoco Had de Benisicar, costeadas por el Estado. Formaban el tribunal el coronel Almaraz, el comandante Sr. Riquelme y los directores de las escuelas Sres. Sempere, Vallhonrat y Barrios. Los resultados de los exámenes han sido altamente satisfactorios y constituyen un motivo de legítimo orgullo para profesores y alumnos.

Terminados los exámenes, procedióse al acto del reparto de premios, que se celebró en la caseta del Casino Militar y fué presidido por el general Jordana y al cual asistieron todos los generales, el Estado Mayor, comisiones de los cuerpos, representantes de corporaciones y entidades civiles, los cañdes del campo fronterizo, comerciantes musulmanes de Melilla, un delega-

do del sultán el Bachir y numerosas señoras. Después de haber cantado los moritos el himno a la bandera, el comandante Sr. Riquelme leyó, en árabe, una alocución del general Jordana; el Bachir pronunció un discurso ensalzando la acción civilizadora de España en Marruecos, y el general Jordana leyó el texto español de la alocución que antes leyera en árabe el comandante Sr. Riquelme.

Concluidos los discursos, entre estruendosos vivas a España y al Rey, hízose la distribución de premios, consistentes en cantidades en metálico, pilones de azúcar, ropas y babuchas; a los alumnos sobresalientes se les dieron preciosos relojes de plata con sus correspondientes leontinas. Finalmente, en el jardín próximo a la caseta sirvióse una merienda a los moritos.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PAPEL WLINSI Soberano remedio para la rápida curación de las afecciones del pecho, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo, recomendado por los primeros médicos de París. Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA Debilidad Curada por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaupré, París.

Fecha de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEPÉLICA
ó Leche Candès
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS B^{is} St-Denis, 46

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

PLAZA D. LA UNIVERSIDAD 5 MOSAICOS BARCELONA
ORSOLZ SOLZ Y C

LOS SOBERANOS DE RUSIA Y SUS HIJOS. (Fotografía remitida por Carlos Trampus.)



En el centro: el tsar Nicolás II Alexandrovitch y la tsarina Alejandra Feodorovna. A la derecha de la tsarina, la gran duquesa María; a la izquierda del tsar, la gran duquesa Anastasia. Detrás, de pie, las grandes duquesas Olga y Tatiana. Delante, sentado, el tsarevitch Alejo
Esta fotografía ha sido hecha recientemente, con motivo del tercer centenario del advenimiento de la dinastía de los Romanoff al trono de Rusia

DENTIFRICOS
HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA

AVISO A
LAS SEÑORAS
DE LOS
RES

EL APIOL
JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INSTITUTO POLITÉCNICO
FRANKENHAUSEN
Kyffh (Alemania)
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN